

NORMAN MACLEAN

La montaña en llamas

La tragedia de los smokejumpers en Mann Gulch

Traducción del inglés de SALVADOR COBO,
revisada por el equipo CARIF (cuadrilla helitransportada
contra incendios forestales de La Rioja),
manteniendo el protocolo OACEL

ÍNDICE

NOTA A LA EDICIÓN, 9

NOTA DEL EDITOR NORTEAMERICANO, 11

PREFACIO

EL FANTASMA NEGRO, 17

LA MONTAÑA EN LLAMAS

PRIMERA PARTE, 35

SEGUNDA PARTE, 193

TERCERA PARTE, 385

CUADERNO DE FOTOGRAFÍAS, 399

A medida que sobrepaso considerablemente
la asignación bíblica de setenta años, siento
con una intensidad que cada vez va a más
que solo puedo expresar mi gratitud
por seguir todavía en el lado de la corteza terrestre
con oxígeno sin plantarme
en lo que hasta ahora he conocido y amado.
Mientras dure el oxígeno, seguirá habiendo cosas nuevas
que amar, sobre todo si la compasión
es una forma de amor.

NORMAN MACLEAN

Notas escritas para un posible epígrafe
a *La montaña en llamas*,
4 de diciembre de 1985

NOTA A LA EDICIÓN

ESTA ES LA HISTORIA del incendio de Mann Gulch. Pero también es la historia de la investigación del incendio por parte del propio Norman Maclean, ejemplar en el análisis de accidentes: muestra un respeto absoluto por las víctimas, es concienzudo y muy crítico. Y también es la historia de los smokejumpers y del comienzo del estudio del comportamiento del fuego, de las diez normas básicas, de los modelos de combustible...

Como este libro se escribió en los inicios de esta ciencia, y el combate de los incendios forestales evolucionó paralelamente a la investigación, hay algunos aspectos ya obsoletos, tanto en lo referente a técnicas como a conocimientos, y otras cuestiones que en España no son de aplicación, principalmente por escala. Debe tenerse en cuenta que hablamos de bosques con dimensiones infinitamente mayores que las de los nuestros (por ejemplo, el Helena National Forest —parque nacional donde se ubica el incendio— tiene una extensión de unas 400.000 hectáreas, comparadas con las 67.000 hectáreas del Parque Nacional de Picos de Europa, uno de los más grandes de España) y árboles, como el abeto Douglas —habitual en Montana—, que pueden alcanzar los 100 metros de altura (frente a los 60 metros de los de nuestros bosques). Y así con todo: la capa de materia orgánica en los suelos, la red de pistas forestales o la distancia a carretera y núcleos de población.

Aun así, nos ha parecido que la mejor carta de presentación para esta nueva colección que es Biblioteca 451 era la publicación

NOTA DEL EDITOR NORTEAMERICANO

AUNQUE, DURANTE MUCHOS AÑOS, Norman Maclean había albergado la esperanza de escribir un libro acerca del incendio de Mann Gulch, no empezó a trabajar en este libro hasta los setenta y cuatro años, tras haber publicado *El río de la vida*. Comenzó *La montaña en llamas* movido en parte por el espíritu de una filosofía sobre la vejez, que él no concebía pasándose jugando a la petanca, pero debido asimismo a un impulso más profundo. Tras la muerte de Maclean, se hallaron entre sus papeles unas notas para un prefacio, escritas en 1984. «El problema de la identidad —escribía Maclean— no es un problema exclusivo de la juventud. Es un problema para toda la vida; tal vez sea *el* problema. Es algo que debe perseguirte hasta tus últimos días y, cuando deje de hacerlo, significará que ya estás muerto». Fue en *La montaña en llamas* donde vinieron a converger, ya cerca del final, todas las vidas vividas por el autor: las de guardabosques, bombero, erudito, profesor y narrador.¹

1 Se ha optado por usar el romántico término «guardabosques» para traducir tanto *woodsmand*, como *ranger* o *forest ranger*. De la misma manera, se ha dejado como «bombero» la traducción de *firefighter* (a pesar de que en España se usa principalmente para referirse a los bomberos urbanos); indistintamente del puesto que desempeñe, el autor utiliza *firefighter* para nombrar a cualquier persona que trabaje en la extinción de incendios forestales en un momento dado. (N. de los e.)

Cuando murió en 1990 a la edad de ochenta y siete años, *La montaña en llamas* aún no estaba acabado. El libro no se había dejado concluir porque los hechos de la catástrofe resultaron ser sumamente mudables y porque al final las fuerzas de Maclean empezaron a menguar. Pero lo más importante es que *La montaña en llamas* se había convertido en una historia que se buscaba a sí misma como historia, siguiendo el camino marcado por la compasión de Maclean. Mientras el manuscrito se mantuviera a sí mismo y a su autor en este proceso de descubrimiento, debía permanecer en cierto modo inacabado.

Tras la muerte de Maclean, la editorial asumió la labor de preparar la publicación de *La montaña en llamas*. Nuestra revisión no ha alterado la estructura del libro, y hemos reducido al mínimo los añadidos de peso. Hemos hecho el tipo de corrección de estilo que creemos que habría hecho el propio Maclean de haber tenido tiempo, y hemos suprimido ciertas repeticiones. Hemos comprobado que los hechos son coherentes y exactos, y en ocasiones hemos realizado alguna corrección, pero no hemos actualizado nada más allá de 1987, año en que el estado de Maclean empeoró hasta el punto de no poder seguir trabajando en el manuscrito. Hemos creado la actual división por capítulos, aunque las interrupciones que hay son de Maclean, al igual que la división del libro en tres partes. «El fantasma negro», el relato inicial de esta obra, fue hallado entre los papeles del autor tras su muerte, sin que se sepa claramente qué quería hacer con él. Hemos considerado idóneo incluirlo aquí como preludio.

Norman Maclean hablaba mucho acerca de la soledad de la escritura, pero también disfrutaba con su aspecto social, como solía decir, y tenía pensado agradecer la ayuda recibida para escribir este libro. Sus mayores deudas se hacen constar a lo largo de sus páginas: a Laird Robison, Bud Moore, Ed Heilman, Richard Rothermel, Frank Albini y otros hombres del Servicio Forestal de Estados Unidos; a las mujeres del Servicio Forestal, entre ellas Su-

san Yonts, Beverly Ayers y Joyce Haley; y a los supervivientes del incendio de Mann Gulch, Walter Rumsey y Robert Sallee. Maclean habría querido dar las gracias a muchas más personas.

Al corregir el manuscrito, la editorial ha disfrutado de la ayuda, en varias etapas, de Wayne C. Booth, Jean Maclean Snyder y John N. Maclean. Laird Robinson fue el compañero de Maclean en su búsqueda de los fragmentos desaparecidos de la historia de Mann Gulch, y le damos las gracias por haber ayudado a la editorial con el mismo espíritu. También estamos en deuda con Joel Snyder, Dorothy Pesch, William Kittredge, Wayne Williams y Richard Rothermel por la ayuda que nos han prestado. Agradecemos especialmente a Jean Maclean Snyder y John N. Maclean por haber confiado *La montaña en llamas* a la University of Chicago Press y por haber colaborado con nosotros para hacer realidad su publicación.

La montaña en llamas

PREFACIO

El fantasma negro

FUE UNOS DÍAS DESPUÉS del diez de agosto de 1949 cuando vi por primera vez el incendio de Mann Gulch y empecé a convertirme, ya entonces de forma medio consciente, en una pequeña parte de su historia. Acababa de llegar del este para pasar varias semanas en mi cabaña de Seeley Lake, Montana. La directora de la oficina de Correos del pequeño pueblo en el extremo inferior del lago me habló del incendio y de cómo trece smokejumpers² del Servicio Forestal habían muerto calcinados el cinco de agosto, cuando trataban de alcanzar la cumbre de un cerro antes de que se desatara ahí el fuego por las hierbas altas y secas. En el pequeño pueblo de Seeley Lake y en la vasta comarca que lo rodea solo hay leñadores y turistas de veraneo, y como los únicos residentes fijos son los leñadores, acaparan los buzones de la oficina de Correos; su directora los conoce a todos, y por ello sabe mucho sobre bosques e incendios forestales, aunque sea de oídas. Como nos conocemos desde hace tiempo, yo también dispongo de buzón, y todos los días, cuando pasaba a recoger mi correo, me contaba lo último que había oído sobre los smokejumpers muertos, la mayoría de ellos estudiantes universitarios, hasta que al cabo de una semana

2 Término con el que se conoce en inglés a los bomberos forestales paracaidistas, cuerpo que sirve de avanzadilla para combatir incendios en entornos de naturaleza salvaje. Estados Unidos tiene a su servicio a varios centenares de smokejumpers entre el Servicio Forestal y la Oficina de Administración de Tierras. (Todas las notas son del traductor, a menos que se especifique lo contrario).

comprendí que tenía que ir a ver en persona el incendio de Mann Gulch mientras aún estuviera activo.

Sabía, por supuesto, que un incendio de semejantes dimensiones seguiría activo mucho después de haber sido controlado. Había estado trabajando para el Servicio Forestal durante la Primera Guerra Mundial, cuando había escasez de hombres y yo solo tenía quince años, cuatro menos que Thol, el más joven de quienes murieron en Mann Gulch, así que a su edad yo ya había estado en varios incendios nada desdeñables. Sabía, por ejemplo, que pasaría mucho tiempo antes de que el incendio de Mann Gulch se extinguiese por completo, porque un mes de noviembre había vuelto con mi padre de cazar ciervos en una zona cercana a un gran incendio que yo había presenciado ese verano, y para mi sorpresa había visto tocones y árboles caídos que seguían ardiendo, con humo saliendo de agujeros ennegrecidos abiertos en la nieve.

Sin embargo, pese a saber que el humo seguiría ascendiendo de Mann Gulch hasta noviembre, llegó un día a principios de agosto en el que no pude soportar escuchar más rumores sobre el incendio en la oficina de Correos. Ya entonces intuía por qué debía ir en persona a ver el incendio. En una ocasión había visto un fantasma, y el fantasma había vuelto a poseerme.

El gran incendio que aún no se había extinguido del todo a finales de aquella temporada de caza se había producido en Fish Creek, el Fish Creek que, según recuerdo, se encuentra a unos catorce kilómetros³ de Lolo Hot Springs. Fish Creek era un excelente territorio de ciervos, y los pocos granjeros que se habían refugiado allí se ganaban la vida complementando los magros productos de sus huertos pedregosos con el dinero que cobraban a los cazado-

3 Se han convertido todas las unidades expresadas en el sistema anglosajón utilizado por el autor, típico de los Estados Unidos —basado en pulgadas, pies, yardas, millas, acres...—, al sistema métrico internacional —centímetros, metros, kilómetros y hectáreas—. (Nota de los editores)

res de ciervos en otoño por convertir sus cabañas en pabellones de caza donde pasar la noche. El venado constituía, por tanto, una parte necesaria de su dieta y de su economía. Disfrutaban de su carne doce meses al año, y los guardas de caza nunca los molestaban por cazar fuera de temporada, siempre y cuando no fueran por ahí alardeando de burlar la ley y salirse con la suya.

Los bomberos que habíamos sido enviados desde el puesto forestal de Lolo Hot Springs estábamos convencidos de que el fuego había sido provocado por uno de estos granjeros. El Servicio Forestal había dado permiso a un grupo de pastores para que sus rebaños, de unas mil cabezas, pastaran junto a un importante afluente de Fish Creek y, como se sabe —o al menos como todo cazador sabe—, las ovejas arrancan la hierba tan a ras de suelo que, una vez han acabado, los ciervos no tienen nada que comer. Los cazadores suelen decir que ni los saltamontes pueden vivir de la hierba que dejan las ovejas. El fuego se había iniciado cerca de la desembocadura del afluente, de lo que cabía deducir, o eso asumimos, que iría ardiendo corriente arriba: el arroyo era un cañón encajonado, todo barrancos, sin que hubiera escapatoria alguna para las ovejas. Desde el punto de vista de un cazador de ciervos, era el sitio ideal para que murieran las ovejas. El incendio, sin embargo, no solo ascendió quemándolo todo a lo largo del afluente, sino que descendió hasta donde penetraba en Fish Creek, con la posibilidad de que causara estragos en la zona. Primero probamos a utilizar Fish Creek como «cortafuegos», con la esperanza de detener el incendio en la orilla, pero cuando alcanzó la tupida maleza de una de las orillas del arroyo ni siquiera esperó a retroceder y tomar impulso antes de saltar a la maleza del otro lado. Entonces fuimos nosotros los que tuvimos que retroceder a toda prisa. En ese punto, Fish Creek pasa por un cañón tan estrecho y retorcido que el sendero principal descende por la ladera, de modo que retrocedimos subiendo por el sendero de la ladera, que habría de convertirse en nuestra segunda línea de defensa.

La montaña en llamas

I

EN 1949, LOS SMOKEJUMPERS no estaban lejos de sus orígenes como paracaidistas convertidos en acróbatas que se lanzaban desde las alas de los aviones en ferias locales solo por gusto y por un puñado de dólares (descontando los gastos del hospital). Para entonces también estaban convencidos de ser los mejores bomberos del Servicio Forestal de Estados Unidos, y aunque a esas alturas eran muy buenos, sobre todo contra ciertos tipos de incendios, deberían haberse parado a considerar que eran unos recién llegados en este antiguo arte de luchar contra los incendios forestales. Corría el año 1940 cuando se realizó el primer lanzamiento de paracaidistas sobre un incendio forestal, y un año más tarde fueron organizados los smokejumpers, por lo que hacía solo nueve años que existía una profesión con el objetivo de enfrentarse al mismo tiempo a tres de los cuatro elementos del universo —aire, tierra y fuego—, repitiendo continuamente la operación de dejarse caer desde el cielo y aterrizar en la copa de un árbol o en la fachada vertical de un despeñadero con el propósito de hacer aquello de lo que se jactaban: conseguir cavar una zanja alrededor de cada incendio sobre el que cayeran antes de las diez de la mañana del día siguiente. En 1949, los smokejumpers eran tan jóvenes que se referían cariñosamente a todos los incendios sobre los que saltaban como los «incendios de las diez en punto», como si ya los tuvieran controlados antes de saltar. Todavía eran tan jóvenes que no habían aprendido a calcular los riesgos ni a percibir que tal vez pudieran deberle una tragedia al universo.

Con todo, no cabe duda de que ningún progreso técnico iba a influir tanto en los métodos del Servicio Forestal para localizar

y combatir los incendios forestales como el avión, que apareció a principios de siglo, más o menos por la misma época que el Servicio Forestal (1905). Dos guerras mundiales aceleraron la unión entre los aviones y la lucha contra los incendios. En 1917, el jefe del Servicio Forestal, Henry S. Graves, consultó con el jefe del Cuerpo Aéreo del Ejército la posibilidad de que aviones militares realizaran misiones de patrulla sobre los bosques del oeste de Estados Unidos. En 1925, el propio Servicio Forestal comenzó a utilizar aviones desde los que se podían detectar los incendios con mayor rapidez y exactitud que desde puestos de vigilancia diseminados por el territorio. Para 1929, los aviones ya lanzaban pertrechos a los bomberos, y parecía que muy pronto lanzarían desde ellos a los propios bomberos, pero dificultades psicológicas y de equipamiento frenaron la intervención de paracaidistas en los incendios forestales. Solo después de varios años de experimentación y entrenamiento tuvo lugar el primer salto de paracaidistas sobre un incendio forestal. Uno de ellos era Earl Cooley, que sería el observador del C-47 que llevaría a los smokejumpers al incendio de Mann Gulch y que, como tal, daría un golpecito en la pantorrilla izquierda a cada paracaidista como señal para saltar sobre Mann Gulch.

La principal barrera psicológica que impedía que el Gobierno y la opinión pública en general aceptaran el uso de paracaidistas se fundaba en la creencia de que la mayoría de ellos estaban como mínimo un poco chalados, y algunos probablemente lo estuvieran del todo. En 1935, Evan Kelley, del Servicio Forestal de la Región Uno (con sede en Missoula, Montana, donde pocos años después se establecería una de las mayores bases de smokejumpers), se opuso a la posibilidad de lanzar hombres en paracaídas sobre los incendios, afirmando: «Por lo que he podido saber gracias a pilotos con experiencia, todos los paracaidistas están más o menos locos, o en todo caso un poco desequilibrados, porque de lo contrario no se dedicarían a una actividad tan peligrosa». No cabe duda de que entre los más visiblemente afectados por el complejo de Ícaro se

encontraban los que saltaban desde las alas de los aviones en ferias locales o los especialistas que hacían el mismo tipo de trabajo para las películas. Solo un año antes de que Kelley realizara su análisis psicológico de los paracaidistas, Frank Derry, un especialista de California que andaba escaso de dinero, tuvo la idea de lanzarse desde un avión en paracaídas vestido de Papá Noel. Hizo un aterrizaje perfecto, complació a los comerciantes locales de Los Ángeles, dejó de trabajar como obrero definitivamente, se unió a un circo aéreo que hacía giras por el oeste y se convirtió en uno de los nueve primeros smokejumpers del Servicio Forestal, uno de sus mejores instructores de paracaidismo y uno de sus mejores mecánicos, realizando importantes mejoras tanto en el paracaídas como en el traje de los paracaidistas.

La mayoría de la gente padece hasta cierto punto de complejo de Ícaro y, al igual que los smokejumpers, desea aparecer sobre la tierra desde el cielo. En mi ciudad natal de Missoula, Montana, todos los hermanos mayores entrenaban a sus hermanos pequeños para que saltaran desde los tejados de los garajes, utilizando sacos de arpillera como paracaídas. Los hermanos mayores sostenían que los saltos debían realizarlos los menores porque, al ser más pequeños, tardaban más en llegar al suelo y así daba más tiempo a que los sacos de arpillera se abrieran y suavizaran el aterrizaje. Desde el principio, los smokejumpers debían tener mucho de aquello que nosotros tenemos poco, y si en algo somos iguales todos los hombres es en haber nacido como mínimo un poquito locos, aunque algunos son un poco más iguales que otros. Hicieron falta unos cuantos de estos para poner en marcha los smokejumpers, y siempre han hecho falta unos cuantos más para que el cuerpo siga en activo.

Afortunadamente, muchos de quienes se ven movidos por el complejo de Ícaro están dotados, a diferencia de este, de un talento mecánico extraordinario y han trabajado durante mucho tiempo en problemas relacionados con la seguridad de los aterrizajes. Hasta el más sublime de los bichos raros, Leonardo da Vinci, había estu-

diado los modos más seguros en que los hombres podían posarse sobre la tierra al caer desde el cielo. Pero no fue hasta 1783 cuando el físico francés Louis-Sébastien Lenormand realizó el primer salto en paracaídas desde una torre, y todavía en 1930 el paracaídas presentaba muchas deficiencias como medio de transporte aéreo, algunas de las cuales fueron eliminadas o reducidas nada menos que por Frank Derry, el Papá Noel paracaidista que, además, también tenía talento para la mecánica. Uno de los mayores inconvenientes del paracaídas como transporte aéreo había sido que, al tratarse de un objeto parabólico, caía haciendo un movimiento de campana. El paracaídas carece de aberturas por las que pueda salir el aire que entra en él al descender, por lo que se balancea hacia un lado hasta que el aire sobrante se libera por el otro, y a continuación se balancea hacia el lado contrario hasta liberar el exceso de aire acumulado en el movimiento anterior. En consecuencia, antes de que el paracaídas pudiera ser un medio razonablemente seguro para descender a la tierra desde el cielo, era necesario suprimir el balanceo que se producía durante la caída e inventar alguna forma de gobernarlo para que los smokejumpers y sus suministros aterrizaran en un punto concreto cerca del incendio, en lugar de desparramarse por las montañas de los alrededores.

El paracaídas desarrollado por Frank Derry se convirtió en el reglamentario de los smokejumpers durante muchos años, y fue el utilizado por el equipo que se lanzó sobre el incendio de Mann Gulch. El balanceo se había reducido gracias a tres aberturas por las que se podía liberar el aire: una abertura en la parte superior y dos en los laterales. En la parte exterior del paracaídas y sujetas a las aberturas laterales había unas «colas» de nailon que hacían las veces de timones para controlar el flujo de aire que entraba por ellas, guiados con cordones a fin de que la dirección del vuelo la decidiese, en último término, el paracaidista. No se trataba de un mecanismo muy seguro ni muy sensible, pero en todo caso era mejor que el de Ícaro. La velocidad era de siete u ocho nudos y, en cuanto podía,